VOZ DEL MAR, VOZ DEL LIBRO

SI me pongo a escribir, en qué termina
una mano que empieza en uno mismo,
cómo se llama hablar desde una silla
a un muro muy lejano o al vacío.

Le llamaremos pluma a la deriva,
mar que bastante tiene con su ritmo
de trabajo manual: la poesía
(es divina, repican las campanas)
es un lujo, replican los martillos.

Y yo, sentado en una silla, sílaba
a sílaba, les silbo en los oidos
que sí, que estoy tallando una sortija
... para sus manos o las de sus hijos.

Si me pongo a pensar, salta a la vista
que el mar es como un libro
abierto por la inmensa mayoría
de las olas: yo leo en él, y escribo.

A veces, me parece que la orilla
está tan lejos, que no la diviso.
Será porque mi pluma está torcida;
será porque un mal viento cerró el libro.

./...

Yo le ayudo (mi ayuda siempre es mínima:
por eso insisto tanto y me repito)
a levantar las olas entre las líneas
que el mar alzó desde su mudo abismo.

Si me pongo a gritar, es que el mar grita
desde hace siglos algo tan sencillo
como "!Me pesan mucho los navíos!
¿Quién me ayuda a quitármelos de encima?"

Voz del mar, voz del libro.
Así se termina
una mano que empieza en uno mismo,
un silencio que el mar impone y dicta.

VOZ DEL MAR, VOZ DEL LIBRO

SI me pongo a escribir, en qué termina
una mano que empieza en uno mismo,
cómo se llama hablar desde una silla
a un muro muy lejano o al vacío.

Le llamaremos pluma a la deriva,
mar que bastante tiene con su ritmo
de trabajo manual: la poesía
(es divina, repican las campanas)
es un lujo, replican los martillos.

Y yo, sentado en una silla, sílaba
a sílaba, les silbo en los oidos
que sí, que estoy tallando una sortija
... para sus manos o las de sus hijos.

Si me pongo a pensar, salta a la vista
que el mar es como un libro
abierto por la inmensa mayoría
de las olas: yo leo en él, y escribo.

A veces, me parece que la orilla
está tan lejos, que no la diviso.
Será porque mi pluma está torcida;
será porque un mal viento cerró el libro.

./...

Yo le ayudo (mi ayuda siempre es mínima:
por eso insisto tanto y me repito)
a levantar las olas entre las líneas
que el mar alzó desde su mudo abismo.

Si me pongo a gritar, es que el mar grita
desde hace siglos algo tan sencillo
como "!Me pesan mucho los navíos!
¿Quién me ayuda a quitármelos de encima?"

Voz del mar, voz del libro.
Así se termina
una mano que empieza en uno mismo,
un silencio que el mar impone y dicta.